



En el corazón de las ciencias sociales: la situación actual de la historia

Jaume Aurell Cardona
Profesor de Historia Medieval
Universidades de Navarra y Barcelona

Hoy, más que nunca, la historia se halla en el mismo corazón del debate general de las ciencias sociales.

Un numeroso grupo de historiadores se ha reunido este verano en Santiago de Compostela para debatir sobre el estado actual de la disciplina histórica. El *Congreso Internacional Historia a Debate*, celebraba este año su tercera edición, tras las del 1993 y 1999. El carácter multitudinario del Congreso – las inscripciones llegaron a unas setecientas, sin contar los que siguieron las sesiones vía *on line* –, la representatividad geográfica de los asistentes, su continuidad a lo largo de estos once años, la calidad de los dos volúmenes de actas ya publicados y su capacidad aglutinadora, le dotan de una notable legitimidad en el ámbito historiográfico, sólo superada por algunas iniciativas surgidas del mundo académico norteamericano – como los multitudinarios congresos de medievalismos que anualmente se desarrollan en Kalamazoo. Las exposiciones de las numerosas comunicaciones, así como los ricos debates mantenidos a lo largo del congreso, facilitan la siempre difícil tarea de responder a la pregunta de cuál es la situación actual de la disciplina histórica.

LA HISTORIA Y LAS CIENCIAS SOCIALES: ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

Hoy, más que nunca, la historia se halla

en el mismo corazón del debate general de las ciencias sociales. Sin embargo, no siempre ha sido así. En primer lugar, porque durante muchos siglos la historia no formó parte de los estudios académicos. Se escribía y se entendía como un género literario con características peculiares, más emparentada con la retórica que con la ciencia. Durante el siglo XIX, bajo el influjo del *historismus* alemán, la historia no sólo se convirtió en una ciencia con objeto propio de conocimiento, sino que se acercó a otras disciplinas a las que también sedujo la perspectiva del historicismo clásico: la geografía, la filología, la literatura, el derecho, la economía y, poco más adelante, la sociología.

¿Cuál había sido, por su parte, el recorrido de las restantes ciencias sociales, tal como hoy las conocemos? A lo largo de los siglos XVIII y XIX se habían ido consolidando lentamente, buscando ámbitos autónomos respecto a las clásicas: la historia, la filosofía y la filología. Empezaron a destacar, especialmente, la geografía, la sociología y la economía. Poco a poco, a su vez, los historiadores comprendieron la necesidad de abrir su objeto de estudio a todas las manifestaciones de la vida de una sociedad en continuo movimiento e incesante complejidad. A finales del siglo

XIX, aupada por las consecuciones del historicismo alemán y a través de cuidadas estrategias disciplinares, la historia comenzó a proteger sus cotos de caza propios y a tender puentes con las demás ciencias humanas y sociales. Se entiende así que el primer intento real de conseguir una unificación de las ciencias sociales proviniera de los tres grandes sistemas histórico-filosóficos dominantes en el siglo XIX: el historicismo hermenéutico, el positivismo científico y el marxismo. Cada una de esas tres tradiciones, personificadas por Ranke, Comte y Marx, se proyectarían, respectivamente, en la hermenéutica, la sociología weberiana y el materialismo histórico durante las primeras décadas del siglo XX. Todas ellas comparten la concepción de la coherencia y la linealidad de la dirección de la historia.

Sin embargo, paradójicamente, fue la sociología, y no la historia, la disciplina que mejor se adaptó al nuevo ambiente epistemológico creado a principios del siglo XX. Ella fue la que consiguió concretar la búsqueda de la unificación de las ciencias sociales, a través sobre todo de las interpretaciones omnicomprendivas de Max Weber en Alemania y de Émile Durkheim en Francia.

Fue en los años treinta, antes del estallido

de la segunda guerra mundial, cuando se produjo una auténtica revolución en las ciencias sociales. Durante esos intensos años, la historia se rebeló contra la sociología. La eclosión de los primeros *Annales* en Francia es la respuesta de la disciplina histórica a la sociología en su afán de liderar e integrar las ciencias sociales. La historia tomó desde entonces la iniciativa. A partir de ese momento, la historia no abandonará la responsabilidad de generar las estrategias disciplinares tendentes a conseguir una mayor integración de las ciencias sociales. Para ello, lanzará una serie de propuestas que no sólo afectarán al terreno propiamente científico, sino también al disciplinar y al institucional. A partir de esos años, a raíz sobre todo del reconocimiento internacional de los *Annales*, la historia no sólo será considerada como una ciencia social, sino que las ciencias sociales se organizarán en torno a ella, al menos hasta los años setenta. Si para los sociólogos de principios de siglo el *método* había sido la clave para unir las ciencias sociales, para los *annalistas* de los años treinta la nueva clave será su *objeto* – la dimensión temporal del hombre en sociedad.

Ya en la posguerra, durante los años cincuenta, continuó el predominio de la disciplina histórica y se produjo, paradójicamente, un retorno a la seguridad de los postulados más clásicos del positivismo, el marxismo y el historicismo. Se agudizó el monopolio de un nuevo paradigma, concretado en el estructuralismo, el marxismo y la historia cuantitativa. A través de estos modelos, se accedía de nuevo a la aspiración de una ciencia social unificada en Europa. Las relaciones entre la geografía y la historia se incrementaron, como lo demuestra el gran influjo del ciclo de monografías conocidas como *La terre et les hommes* preconizado desde

los *Annales* en Francia o los estudios demográficos y de estructura social de la población realizados desde 1966 en el *Cambridge Group for the History of Population and Social Structure*, en Inglaterra. En Norteamérica, proliferaron durante aquellos años los experimentos *cliométricos*, con la intención de aplicar exhaustivamente las estadísticas, en detrimento de la interpretación propiamente histórica.

La historia parecía haber perdido su capacidad de contruir un lenguaje narrativo y se había entregado por entero a los métodos cuantitativos y estadísticos más propios de las ciencias experimentales. La economía pasaba a ser ahora la ciencia social reinante, acompañada de una sociología que se ponía a su servicio, incluso desde el punto de vista institucional (servidumbre que hoy día, en algunos países, todavía está reflejada en la ubicación departamental de la sociología). El marxismo había ganado definitivamente la batalla frente a los dos otros grandes paradigmas decimonónicos: el positivismo sólo era practicado por aquellos que no habían sido capaces de asimilar las nuevas tendencias y el historicismo quedó arrinconado en el ámbito historiográfico alemán, que perdía vigor frente a las historiografías francesa, inglesa y norteamericana. Ellas fueron, a partir de esos años, quienes representarían la vanguardia, tomando decididamente la senda siempre compleja, pero necesaria, de la innovación metodológica y epistemológica.

Durante los años cincuenta y sesenta, las concreciones más eficaces del proyecto de unificación de las ciencias sociales provinieron de la escuela de los *Annales* (predominante en Francia, bajo el modelo estructuralista creado por Fernand Braudel) y del materialismo histórico (cuyo centro neurálgico se situó en torno

al grupo de historiadores del Partido Comunista Británico, entre los que destacaron Edward P. Thompson y Eric J. Hobsbawm). Ambas corrientes son vistas hoy en día como paradigmas que han sido superados definitivamente por la nueva historiografía, pero que sin duda han dejado unos rastros evidentes en los historiadores. Así como la escuela de los *Annales* basaba buena parte de su eficacia en las plataformas institucionales – en forma de revistas o de centros académicos de élite –, el marxismo lo hacía en su acción combinada entre una opción intelectual y una actitud transformadora de la realidad.

LA REVOLUCIÓN HISTORIOGRÁFICA DE LOS SETENTA

Todo el panorama epistemológico de las ciencias sociales empezó a cambiar, radicalmente, durante los años setenta. Esos años, tan grises en otros campos (recrudescimiento de la guerra fría, estallido de revoluciones, golpes de estado, crisis económica y energética, líderes sin carisma) fueron activísimos desde el punto de vista intelectual. Ahí surgieron buena parte de las tendencias que todavía hoy están presentes en el panorama actual de las ciencias sociales. Durante aquellos años, de París salía todo, para bien y para mal: el postmodernismo, el deconstruccionismo, el postestructuralismo, la antropología cultural, la nueva hermenéutica, la historia de las mentalidades, los experimentos narrativistas. Si el mundo intelectual francés ha perdido actualmente la preminencia intelectual a manos de los Estados Unidos, sus últimos coletazos fueron de una energía enorme.

La procedencia disciplinar de quienes lideraron esas nuevas tendencias demuestra que, contrariamente a lo que parecía esperar, la filosofía volvía a estar

bien presente en los debates nucleares de las ciencias sociales; en realidad nunca había desaparecido del todo. En efecto, los principales nombres asociados a esos movimientos, que influyeron en el entero campo de las ciencias sociales, eran más filósofos que otra cosa. Por citar tan sólo seis de los más representativos: Jacques Derrida, Michel Foucault, Gilles Deleuze, Claude Lévi-Strauss, Jean-François Lyotard, Paul Ricoeur.

¿Cómo afectaron todos esos movimientos a la historia?

Transcurridos treinta años desde la eclosión de esos movimientos, los historiadores tendemos a agruparlos a todos en torno al concepto siempre vidrioso – y algo incómodo: todavía sigue habiendo un cierto murmullo de desaprobación en las salas en las que es pronunciado – del postmodernismo. Pero, ¿se puede definir de algún modo ese concepto? En el caso de la disciplina histórica, el postmodernismo abandona el pensamiento único de la modernidad y el progreso y considera la historia desde un punto de vista poliédrico, con la intención de liberarla de los tradicionales moldes académicos o metodológicos. El postmodernismo es un conjunto de epistemologías y metodologías, más que una corriente intelectual o historiográfica propiamente dicha. Entre esas tendencias convergentes cabría destacar el postestructuralismo foucaultiano, el deconstruccionismo derridano, la nueva hermenéutica de Paul Ricoeur y Michel de Certeau, las derivaciones del giro lingüístico diagnosticado por Richard Rorty, los experimentos narrativistas de Emmanuel Le Roy Ladurie, Natalie Z. Davis, Robert Darnton y Simon Schama, el diseño microhistórico de Carlo Ginzburg y las construcciones metahistóricas de Hayden V. White. Todas ellas han influido, indudablemente, en el modo de concebir y de *escribir* la historia durante estos últimos treinta

años.

A partir de los años setenta, la aplicación, minoritaria pero influyente, de esas teorías asociadas al postmodernismo constituyó una verdadera cura de humildad para

El postmodernismo es un conjunto de epistemologías y metodologías, más que una corriente intelectual o historiográfica propiamente dicha.

todos los que, hasta ese momento, habían confiado, quizás demasiado ingenuamente, en un único modelo científico para el análisis del devenir humano, fuera éste de tipo estructuralista o de tipo marxista. Los paradigmas de posguerra (aplicando la clásica nomenclatura de Thomas Kuhn) estaba siendo dinamitado desde dentro. El nuevo modelo introdujo además un considerable grado de confusión entre los principales “guardianes de la tradición”, bien fuera ésta de tipo marxista, estructuralista, economicista o cliométrica. Algunos de ellos buscaron a la desesperada argumentos en la defensa de la tradición por la tradición, generando una retórica centrada en los “efectos devastadores del postmodernismo”, confundiendo quizás la parte (las tendencias más radicales de esas nuevas tendencias) con el todo (el germen sano de renovación que llevaban implícitas). Otros, más cautos y quizás más experimentados (como el caso de Lawrence Stone, Edward P. Thompson, Peter Burke y Gabrielle M. Spiegel), alertaron a los historiadores de esos efectos perversos, al tiempo que daban una bienvenida entusiasmada a la oxigenación que suponía la recuperación – ¡una vez más! – del lenguaje narrativo para la historia.

El nuevo panorama representó también un vuelco absoluto en cuanto a la

jerarquización de las ciencias sociales. La geografía, la sociología y la economía pasaron el testigo a la antropología, la lingüística, la semiología, la teoría literaria y las ciencias de la imagen. La historia dejó de interesarse prioritariamente por los aspectos socioeconómicos y pivotó hacia lo sociocultural (tendencia que hoy día sigue bien presente, como los excelentes diagnósticos de George G. Iggers, Peter Burke, Lynn Hunt, Victoria E. Bonnell, Philippe Carrard, Roger Chartier y François Dosse han puesto de manifiesto). La economía y la sociología fueron las más perjudicadas, porque quedaron algo desconectadas del debate central de las ciencias sociales y, cuando no se abandonaron, quedaron excesivamente aisladas y cayeron en un *economicismo* o *sociologismo* reducidos a estadísticas y con escaso interés interpretativo.

LA RENOVACIÓN DE LA DISCIPLINA: EL NARRATIVISMO Y LAS NUEVAS (NUEVAS) HISTORIAS

Durante esos años, los experimentos narrativistas de Emmanuel Le Roy Ladurie (*Montailliu, village occitan* – 1975), Carlo Ginzburg (*Il formaggio e i vermi* – 1976), Natalie Z. Davis (*Le retour de Martin Guerre* – 1982), Robert Darnton (*The great cat massacre* – 1984) o, incluso más recientemente, Simon Schama (*Rembrandt's eyes* – 1999), estarán empapados del nuevo ambiente reinante entre las ciencias sociales. De un modo casi imperceptible, la disciplina histórica ha transformado radicalmente, en un corto espacio de tiempo, sus estrategias disciplinares. La antigua alianza entre la historia, la economía y la sociología, basada en la tradición positivista y marxista, ha sido sustituida por la apuesta de la historia por la antropología cultural y la semiótica,

basada en las nuevas tendencias culturalistas y narrativistas. El “giro lingüístico” ha afectado, en mayor o menor medida, a todas las ciencias sociales. Los grandes relatos macro-históricos han sido sustituidos por las aproximaciones microhistóricas: de las ambiciosas monografías regionales francesas (la Cataluña Moderna de Pierre Vilar) se ha pasado a la lectura del mundo desde los relatos microhistóricos (el molinero de Carlo Ginzburg).

Todo ello ha producido, lógicamente, una renovación de los temas, o una recuperación de los viejos pero analizados desde los nuevos prismas. Por este motivo se ha empezado a hablar de los *new cultural history*, de la *new political history* o de la *histoire de la religiosité*. Se han asimilado a la historia los postulados del *linguistic turn*; se han aplicado algunos de los presupuestos teóricos del postmodernismo y se han buscado afanosamente nuevos caminos interpretativos para los temas tradicionales; se ha acudido a la microhistoria como un intento de fragmentación de la sociedad – y, por tanto, un paso atrás en la unificación de las ciencias sociales – pero también simplemente como una respuesta al problema de la contextualización y de la “escala” del conocimiento histórico.

Durante estos últimos años, se han incrementado considerablemente las vinculaciones entre la historia y la antropología. La historia ha tomado de nuevo la delantera como aglutinadora de las ciencias sociales, porque sólo ella es capaz de concentrar todas las metodologías en un objetivo común: el estudio del pasado. A este pasado se

puede acceder tanto desde un punto de vista vertical – a través de la disciplina histórica – como desde el punto de vista horizontal – el estudio de la cultura, a través de la antropología y la sociología. Se comprende así la función nuclear que han tenido los estudios culturales, en el entero campo de las ciencias sociales, en estos últimos treinta años.

El lenguaje narrativo ha pasado a ser considerado el instrumento principal de las ciencias sociales, en detrimento del cuantitativo: es el relato quien mejor permite transmitir de forma comprensible la realidad del pasado, porque el mismo pasado tiene forma de relato. Se ha recuperado el gusto por contar, simplemente, un relato, en detrimento del lenguaje seriado. Se prima ahora el valor de lo singular por encima de la fría estadística. Sin embargo, ese mismo regreso al relato es lo que ha evidenciado todavía más la dificultad de conseguir siquiera la *apariencia* del rigor histórico en algunos textos. Y ahí es donde ha estallado el debate sobre la posibilidad del historiador de acceder al pasado. Las

El lenguaje narrativo ha pasado a ser considerado el instrumento principal de las ciencias sociales, en detrimento del cuantitativo: es el relato quien mejor permite transmitir de forma comprensible la realidad del pasado, porque el mismo pasado tiene forma de relato.

tesis desarrolladas por el norteamericano Hayden V. White durante los años setenta y ochenta son quizás las más significativas de este debate, en el que también han intervenido otros historiadores como Lawrence Stone, Gabrielle M. Spiegel, Patrick Joyce, Peter Burke o Dominick LaCapra.

El debate de la referencialidad del lenguaje histórico, propiciado por el

estallido del postmodernismo, ha sido concomitante al debate del *lugar* de la disciplina histórica en las ciencias sociales. La entidad de estos dos interrogantes fue lo que propició que, durante los años ochenta, se hablara de la “crisis de la historia”. Una crisis que para algunos se cerró eufórica e ingenuamente, con la proclamación del triunfo definitivo del liberalismo (“el final de la historia”, de Francis Fukuyama) y para otros degeneró en un relativismo vacío (las vías más radicales del postmodernismo, que terminaron en el callejón sin salida de los nihilismos). Pero hubo, como suele pasar en la historiografía, unas “terceras vías” (las “nuevas” nuevas historias), que son las que, finalmente, han “salvado” a la historia y parecen dominar actualmente el panorama de la historiografía occidental.

LAS TENDENCIAS ACTUALES: ENTRE LA TRADICIÓN Y LA MODERNIDAD

¿Qué ha quedado de toda esa “revolución de los setenta” en la historiografía actual? ¿Cuál es la situación de la historiografía hoy día? ¿Qué paradigmas son los predominantes?

En primer lugar, habría que hablar de que hoy día la historia no tiene – porque quizás no los necesita – paradigmas predominantes. Otras épocas los tuvieron: el positivismo decimonónico finisecular, el sociologismo de principios del siglo XX, el historicismo de entreguerras, el marxismo de la postguerra. Actualmente, se prioriza un planteamiento interdisciplinar, que busca la transversalidad del diálogo disciplinar

más que la linealidad de sistema histórico hermético y cerrado. Caídos en desuso definitivamente los paradigmas de posguerra (estructuralismo, marxismo e historia cuantitativa) y superados los efectos más perversos del postmodernismo, la historia transita hoy en día por un sendero menos angosto, dominado por los estudios socioculturales.

En efecto, gracias a un mayor esfuerzo interdisciplinar, implantado en los últimos años en los países del area anglosajona (especialmente en Estados Unidos), se ha dado origen a nuevos campos de estudio, concretados en las “nuevas” historias – *new social history*, *new political history*, *new cultural history* – y a una renovada visión de los “viejos” temas, concretados en la revitalización de los aspectos socioculturales – estudios antropológicos, *histoire de la religiosité*. En España todavía debemos avanzar mucho en esta dirección, porque no hay una verdadera cultura “interdisciplinar”, entre las diversas ciencias sociales. La misma organización y diseño de los entes académicos, que no ha variado prácticamente desde los años sesenta, dificulta un verdadero diálogo transversal.

De hecho, ya a partir de los años setenta, los mismos historiadores fueron reconocidos como “científicos sociales”, aunque a muchos de ellos les disgustara profundamente esta identificación. En Alemania, la historia empezó a ser considerada como “ciencia histórica social” (*historical social science*). Hans-Ulrich Wehler y Jürgen Kocka postularon un abierto diálogo entre la historia y la sociología, la economía, la ciencia política y la psicología. En Francia, la disciplina histórica ha oscilado desde la sociología y la economía a la antropología cultural, la lingüística y los análisis del discurso formulados por los filósofos neohermenéuticos (Paul Ricoeur, Michel de Certeau). En Inglaterra – y en el resto

del mundo anglosajón – las teorías sociales han convergido en torno a un renovado y revitalizado concepto de “cultura”, lo que ha hecho abandonar definitivamente a los científicos sociales el estructuralismo y el materialismo como modelos de análisis. En Estados Unidos, los grupos de investigación con mayor prestigio y mejores resultados son aquellos que están constituidos por historiadores y exponentes de otras ciencias sociales, como antropólogos, sociólogos, historiadores de la literatura, lingüistas o científicos políticos.

No es extraño, de este modo, que hayan tenido tanta repercusión volúmenes conjuntos como los coordinados por Pierre Nora sobre la memoria (*Les lieux de memoire* – 1984), el de Georges Duby y Philippe Ariès sobre la historia de la vida privada (*Histoire de la vie privée* – 1985), el de Patrick Joyce sobre significados históricos del trabajo (*The Historical Meanings of the Work* – 1987), el de Peter Burke y Roy Porter sobre la historia social del lenguaje (*The Social History of Language* – 1987), el de Lynn Hunt sobre la nueva historia cultural (*The New Cultural History* – 1989) y el de Marina S. Brownlee, Kevin Brownlee y Stephen G. Nichols sobre las tendencias recientes del medievalismo (*The New Medievalism* – 1991). Todos ellos se basaban en algunos experimentos pioneros, como el volumen que Richard Rorty había editado en torno al influjo del “giro lingüístico” en las ciencias sociales en el lejano 1967 (*The Linguistic Turn. Recent Essays in Philosophical Method*). En todas estas iniciativas participan exponentes de las más diversas ciencias sociales, analizando conjuntamente un mismo tema desde diferentes puntos de vista.

En el actual contexto de crisis de los paradigmas tradicionales y de búsqueda de terceras vías, la relación entre la

historia y las ciencias humanas se ha aglutinado en torno a un objetivo común: el del acercamiento a la misma realidad pero desde una diferente perspectiva. Se produce así una interdisciplinariedad sin dominio de ninguna disciplina, algo inédito hasta ahora. La nueva situación es fruto en buena medida de dos factores “negativos”: por un lado, el definitivo abandono del marxismo como paradigma central de las ciencias sociales: ya no sirven ni su aspiración a convertir las ciencias sociales en puras ciencias experimentales ni su apuesta por la hegemonía de la economía y las luchas sociales como motor de los fenómenos sociales; por otro, la revisión y moderación de los postulados del postmodernismo, que empieza a ser considerado, en algunos ambientes académicos de vanguardia, como algo “superado”. Sin embargo, todos ellos coinciden en dictaminar que la eclosión del postmodernismo en los años setenta tuvo unos indudables efectos saludables en la disciplina histórica, gracias sobre todo a su decidida apuesta por el lenguaje narrativo y a su consideración de los documentos como textos, con las evidentes repercusiones epistemológicas que esto conlleva.

Por otro lado, el clásico debate entre historia y ficción vuelve a generar profundas controversias en los más diversos ámbitos de las ciencias sociales. Hoy día, las ciencias sociales se hallan en una encrucijada entre el pesimismo epistemológico instaurado por los efectos más espúreos del postmodernismo y la lógica ansia por volver a reconocer la capacidad de la filosofía, la historia y las ciencias humanas por acceder racionalmente a la realidad del presente y del pasado. En las ciencias sociales, se habla hoy día más del “giro histórico” que del “giro lingüístico” (más propio de los años setenta y ochenta), lo que muestra la ansiedad por recuperar el tono



Desechados los reduccionismos estructurales, economicistas o mentales, se ha impuesto un estudio de la historia sociocultural.

de la objetividad de épocas anteriores y un cierto hastío por los planteamientos más radicales del postmodernismo.

Quizás una de las claves la situación actual de la historia la dio el historiador Michael Kammen a principios de los años ochenta, al postular por una noción de cultura en su concepción más antropológica, lo que serviría de base para la reintegración de las diferentes aproximaciones de la historia. La misma idea, pero con diferente formulación, y ya a finales de los años noventa, la expuso el historiador británico Patrick Joyce, quien aseguraba que en Inglaterra, “si antes éramos todos historiadores sociales, ahora todos comenzamos a ser historiadores culturales”. La historia cultural parece ser, en efecto, la nueva aglutinadora de la actividad académica pero, tal como nos alertan Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt en la interesante introducción de su más reciente diagnóstico (*Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture* – 1999), se trata de un análisis cultural muy escorado hacia los aspectos sociales.

En diciembre de de 2002, la revista *The American Historical Review* dedicó un apartado específico para relizar un diagnóstico de la situación actual de la historiografía. Los artículos que allí se presentaron reflejan bien la situación actual de la disciplina histórica, que avanza hacia las novedades pero quizás con una mayor moderación y prudencia que en los años ochenta y noventa. En los ochenta, los historiadores empezaron a centrarse en el estudio de los aspectos más relacionados con la sociedad y la cultura. Se extendió entonces la

convicción de que el acceso a la cultura se realiza a través de los textos y el lenguaje; y, por tanto, que no se pueden aislar la dimensión social y cultural de la historia. Por tanto, desechados los reduccionismos estructurales, economicistas o mentales, se ha impuesto un estudio de la historia sociocultural. Los nuevos estudios combinan los postulados más clásicos de la historia social con las aportaciones de la lingüística, la crítica literaria y la antropología cultural. Muchos historiadores están convencidos de que los mejores frutos de la historiografía emergen cuando se combinan los modos de análisis de la historia social y de la historia cultural.

La sensación que se desprende de esos informes, y de muchos de los otros que han ido apareciendo, es que los efectos del postmodernismo se han ido amortiguando. Los historiadores que fueron cautivados por los postulados divulgados por los giros de los años setenta no han abjurado de ellos, pero han desechado sus planteamientos más radicales. El postestructuralismo y el postmodernismo, basados en los postulados de Roland Barthes, Michel Foucault y Jacques Derrida, han recibido severos ataques. Sin embargo, los modelos de Hayden White (*Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* – 1973) y Clifford Geertz (*The Interpretation of Cultures: Selected Essays* – 1973), publicados hace treinta años, han tenido una mayor vigencia en la historiografía. El influjo del *cultural turn* ha sido mayor que el del *linguistic turn*. Historiadores y sociólogos han sido receptivos a los postulados del giro cultural, mientras permanecían algo

escépticos hacia los relativismos más extremos o a los argumentos antipositivistas de algunos antropólogos o lingüistas.

La disciplina histórica sigue hoy en día buscando una tercera vía que le permita discurrir en un camino intermedio entre el hermetismo de los modelos asociados al paradigma de posguerra y la radicalidad del discurso relativista. Sin embargo, si en los años setenta el relativismo histórico llevó hasta sus últimas consecuencias el relativismo filosófico, el final del siglo XX ha experimentado el renacimiento de unas nuevas formas, de una vías alternativas, que compatibilizan eficazmente los postulados y los temas más tradicionales con los que son herederos de la revolución historiográfica de los años setenta. Los conceptos de “representatividad” de Roger Chartier y de “referencialidad contextual” de Gabrielle M. Spiegel tienen mucho que ver con estos planteamientos.

La de los setenta fue, ciertamente, una auténtica revolución epistemológica de la historia. A distancia de treinta años, es todavía difícil emitir un juicio sobre su verdadera naturaleza y sus repercusiones más duraderas en las ciencias sociales. Probablemente, la clave esté en diferenciar los aspectos asociados al postmodernismo entendido como decadencia de la modernidad de aquellos que están asociados a los elementos auténticamente renovadores de esas nuevas tendencias. En todo caso, todos estos debates tan intensos, demuestran la enorme vitalidad de la disciplina histórica y su función nuclear en el entero panorama de las ciencias sociales.